

“¡SIN CAMISA NI ZAPATOS, NO HAY SERVICIO!”

Mensaje para el vigésimo domingo después de Pentecostés

Del pastor Norman Staker

11 de octubre de 2026

ISAÍAS 25: 1-9 ❀ FILIPENSES 4: 1-9 ❀ MATEO 22: 1-14

Gracia, misericordia y paz de Dios nuestro Padre y de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Amén. ¡Ha resucitado! ¡Verdaderamente ha resucitado!

Si alguna vez encuentras una lista de historias difíciles de la Biblia, es muy probable que se mencione la historia de la boda real, especialmente la versión de Mateo. Hay una parábola similar de Jesús en el Evangelio de Lucas, pero la versión de Lucas carece de la oscuridad y el juicio que se encuentran en la versión de Mateo. Muchos eruditos han intentado conciliar estas dos versiones, pero sus diferencias son tan significativas que bien podríamos concluir que cada una es una representación fiel de una historia que Jesús contó en un momento y lugar diferentes. La parábola de la boda real es una de una serie de relatos que Jesús contó para ilustrar la escandalosa afirmación de que los recaudadores de impuestos y las prostitutas entrarían en el reino de Dios antes que los respetables fariseos. Y recordemos que los fariseos, en su mayoría, eran respetables.

Si la afirmación de Cristo nos resulta chocante, es porque compartimos la creencia común de que el destino humano está determinado por el mérito humano. Los fariseos, como la mayoría de nosotros, estarían de acuerdo en que «muchos son llamados, pero pocos son escogidos». Naturalmente, debido a su práctica religiosa, se consideraban entre los «pocos». No es de extrañar que protestaran enérgicamente al ver a la multitud de personas aparentemente insospechadas que Jesús reunió como candidatas al reino.

Al considerar esta parábola, observamos, en primer lugar, que casi todos recibieron una invitación. La invitación fue primero para «los invitados», es decir, para los judíos, el pueblo escogido por Dios para dar a conocer sus propósitos entre todas las naciones. Pero no fueron hallados dignos. Al final de la parábola, como veremos, los siervos recorrían la ciudad invitando a «todos los que encontraran, buenos y malos».

¿Alguna vez has entrado a un restaurante o negocio y has visto un cartel que dice "¡Sin camisa, sin zapatos, no hay servicio!"? Si eres como yo, seguro que has visto ese cartel en muchos sitios, normalmente en restaurantes, sobre todo en los más elegantes, pero puede estar en casi cualquier sitio. Algunos carteles dicen que hay que llevar traje y corbata. Si tienes suerte, te los prestan. He oído hablar de un restaurante que promete cortarte la corbata si te presentas con una. Hay eventos y establecimientos que solo admiten etiqueta. Si te presentas con la vestimenta equivocada, no te dejarán entrar por mucho que te quejes o intentes sobornar a la persona de la puerta.

Jamás irías a esquiar en traje de baño a menos que fueras miembro del Club del Oso Polar. Sería difícil jugar de jardinero central con un uniforme de fútbol americano. Si vas vestido de manera informal a un evento formal, te sentirás avergonzado. Si vas con esmoquin a un evento informal, te sentirás demasiado elegante y un poco ridículo. Vestir adecuadamente para la ocasión es algo que nos preocupa a todos. La mayoría de la gente jamás soñaría con ir desnuda a una boda, pero algunos algún día irán a una boda con una vestimenta tan vergonzosa como ir desnudos.

Nuestro Evangelio comienza con estas palabras: Jesús les habló de nuevo en parábolas, diciendo: «El reino de los cielos es semejante a un rey que preparó un banquete de bodas para su hijo. Envío a sus siervos a llamar a los invitados, pero no quisieron venir».

En los versículos de nuestro Evangelio, el Rey no solo preparó el banquete, sino que también proporcionó una vestimenta especial para los invitados. Normalmente se trataba de una túnica blanca larga. El invitado solo tenía que pedírsela al anfitrión y se le entregaría. Presentarse sin ella era más que una simple falta de gusto; se consideraba merecedor de castigo. Llegar sin la vestimenta era imperdonable. Por lo tanto, se puede comprender la ira del Rey en la parábola. Ya había sido despreciado por algunos y perdido mensajeros a manos de otros. Ahora aparece esta persona que no consideró la ocasión lo suficientemente importante como para siquiera obtener la vestimenta adecuada y, sin embargo, se presenta insultando descaradamente a los invitados a la boda y al Rey. ¿Acaso sorprende que el Rey lo expulsara?

¡Qué parecido al Reino de los Cielos! El Hijo del Rey regresará un día por su Novia y habrá un banquete de bodas. Muchos de los invitados ignorarán la invitación por las cosas de este mundo. Otros se burlarán y asesinarán a los mensajeros. Luego están aquellos que pensaron que bastaba con presentarse y todo

estaría bien. Creían que sus propias vestiduras serían suficientes, sin darse cuenta de que sus mejores galas no eran más que harapos de falsa justicia. No pidieron la vestidura de justicia que Jesús les habría provisto con gusto. Su final será tan desastroso como el de los dos primeros grupos. No se regocijarán en el banquete, sino que llorarán y crujirán los dientes en las tinieblas de afuera. Verán, así como nos preocupamos tanto por usar ropa de marca, debemos asegurarnos de que el nombre correcto esté en nuestra vestidura: Jesús. Cualquier otra cosa no solo será incivilizada, sino que nos dejará sin salvación y, perdónenme por decirlo, también condenados.

¿Qué túnica llevarás puesta cuando Él regrese por su Novia? Recuerda que muchos son llamados, pero pocos son escogidos porque pocos piden al encargado del banquete su vestido de bodas gratuito. La justicia de Jesús; no te presentes sin ella. No querrás ofender al Padre ni a los invitados a la boda. ¡Búscalo ahora mientras puedas encontrarlo! ¡Dejarlo en el altar es tu mayor pérdida!

Es hora de aclarar las cosas y decidir cuál será tu respuesta. El lugar es aquí y el momento es ahora. El Rey te espera. Aquí va una pregunta: si al anfitrión de la fiesta le pareciera bien, ¿invitarías a un amigo?

Invitar a gente a una fiesta es una obviedad si se trata de una gran fiesta. Y eso es precisamente lo que Dios nos pide que hagamos con nuestros amigos no cristianos. Él está organizando una gran fiesta para su Hijo. Estás invitado. ¡Y también estás invitado a invitar a otros!

Jesús les habló de nuevo en parábolas, diciendo: «El reino de los cielos es semejante a un rey que ofreció un banquete de bodas para su hijo.

Mucha gente malinterpreta por completo cómo será la vida con Dios en la vida venidera. No será aburrida. ¡A Dios le gustan las fiestas! Está organizando una fiesta en honor a su Hijo. Dios está feliz y orgulloso de su Hijo. ¿Recuerdan cuando Jesús fue bautizado? La voz del Padre salió del cielo y dijo: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia». El placer del Padre continuó cuando Jesús murió y resucitó para redimir a su Esposa, la Iglesia, para sí mismo. Un día, como dice Apocalipsis 19, habrá una cena de bodas en el cielo. El Padre está tan orgulloso que va a organizar una fiesta para celebrar la unión de su Hijo con la Iglesia, ¡con todos los creyentes del mundo! Sí. Hay un tiempo para la reverencia y el silencio ante Dios. Pero habrá mucha alegría cuando Dios organice una fiesta para su Hijo. ¡No se lo pierdan!

Todos aquí tienen el increíble privilegio y la responsabilidad de invitar a sus familiares y amigos a esa fiesta inolvidable. Si lo hacen, algún día se les acercarán con una enorme sonrisa y el corazón lleno de gratitud y les dirán: "¡Gracias! ¡Esto es genial!".

Esta historia nos enseña algunas verdades importantes sobre invitar gente a la fiesta. En primer lugar, al invitar a alguien, nos encontraremos con rechazo. Nos topamos con la terquedad. Fíjense en el versículo 3: Envío a sus esclavos a llamar a los invitados al banquete de bodas, pero no quisieron venir.

Sus siervos son testigos, personas como tú y como yo, llamados, capacitados y cualificados por Dios para invitar a nuestros familiares y amigos a la fiesta. Pero mucha gente que conocemos se resiste. Son tercos.

Estaban tan orgullosos de su propia bondad y herencia religiosa que no veían la necesidad de su gracia.

Hoy sigue siendo igual. ¿Por qué nuestros amigos no se convierten a Cristo? A menudo, se debe a la autosuficiencia y al orgullo religioso. Por naturaleza, tendemos a sobreestimarnos. Por eso solemos menospreciar a Cristo y su cruz. Por eso Dios, con su poder, debe vencer nuestra obstinación.

Invita a gente a la fiesta y conocerás el rechazo en forma de terquedad.

Otros han estado demasiado ocupados para venir. De nuevo envió a otros esclavos diciendo: «Decid a los invitados: Mirad, he preparado mi banquete; mis bueyes y mi ganado engordado han sido sacrificados y todo está listo; venid al banquete de bodas». Pero ellos no le hicieron caso y se fueron, uno a su granja, otro a sus negocios,

Fíjense en lo que estos sirvientes debían decirles a los invitados: "Todo está listo".

No tenemos que prepararnos para la fiesta. No tenemos que esforzarnos por demostrar nuestra propia rectitud para ganar nuestra salvación y las recompensas de Dios. De hecho, la Palabra de Dios lo prohíbe. Nos dice que nuestra salvación y todo lo que conlleva ya está preparado y listo porque Cristo lo ha hecho todo. Él cumplió con todas las condiciones para nuestra salvación. De hecho, en la cruz dijo: «¡Consumado es!». Lo único que tenemos que hacer es venir.

Pero algunos no vienen, ¿verdad? Muchos prefieren perseguir las cosas de este mundo. Son indiferentes. La boda no les importa. La granja y el negocio exigen atención. Estas personas estaban preocupadas por sus ganancias. En otras palabras, estaban dispuestas a renunciar a la belleza, la grandeza y el honor de ser invitadas a esta fiesta en aras de sus vidas cotidianas, mundanas y egoístas. No les preocupaban los deseos del rey, sino solo lo que consideraban que les convenía.

Así es la gente hoy en día. Piensan: "¿De qué me va a servir eso de Jesús aquí y ahora? ¡Tengo hijos que criar! ¡Tengo que obtener un título! ¡Tengo que administrar un negocio! ¡Tengo que ver una película! ¡No me molesten con una invitación a una fiesta que no se va a celebrar en muchísimo tiempo, si es que llega a celebrarse alguna vez!".

La última parte de nuestro texto de hoy dice: "Pero cuando el rey entró para ver a los invitados a la cena, vio allí a un hombre que no estaba vestido con ropa de boda, y le dijo: 'Amigo, ¿cómo entraste aquí sin ropa de boda?' Y el hombre se quedó sin palabras".

Esta persona no era un intruso. Era uno de los muchos invitados. Asistió. Sin embargo, no iba vestido apropiadamente; ¡no llevaba la ropa adecuada!

Quizás te preguntes: "¿Cómo podía el rey esperar que esta gente de los caminos y veredas viniera vestida apropiadamente? Los habían reunido de todas partes. Muchos venían de la calle. No habrían tenido la ropa adecuada para una boda real". Pero piénsalo conmigo. El resto de los invitados a la cena iban vestidos de gala. Una posibilidad... es que el propio rey hubiera previsto la vestimenta nupcial.

La historia lo confirma. En tiempos de Cristo, para entrar en presencia de un rey, a veces se proporcionaban las vestiduras del propio monarca. Quienes deseaban estar en presencia del rey a menudo debían usar una túnica que le enviaba el monarca. Así pues, en esta historia, el traje de boda estaba al alcance de todos.

Necesitamos perdón y una justicia que no nos pertenece. Él nos la concede. Cuando Cristo murió en la cruz, tomó nuestro pecado, nuestra rebeldía, nuestra impureza y nos dio su santidad, su sumisión, su pureza.

Esta es una imagen terrible. Este hombre, vestido con ropas inadecuadas, estaba atado tan fuertemente que ni siquiera podía oponer resistencia. Y luego lo arrojaron al infierno.

La lectura del Evangelio de esta mañana es otra parábola de la serie de parábolas que Jesús enseñó sobre el reino de los cielos. Recuerden la parábola de las dos semanas pasadas sobre el padre que tenía dos hijos. Le pidió a uno que fuera a la viña, pero él se negó. Luego cambió de opinión y le pidió al otro hijo que fuera, y este aceptó, pero en realidad no fue como había prometido.

Y luego estaba la parábola de otra viña donde los arrendatarios no quisieron dar el fruto a los siervos del dueño. Y la viña les fue quitada y dada a otros.

¡Esas dos parábolas trataban sobre el reino de Dios! Y la parábola de esta semana también trata sobre el reino de Dios.

Pero lo importante es que el rey ofreció un banquete y las invitaciones a los invitados elegidos fueron rechazadas.

Todos los invitados tenían excusas para no asistir al banquete.

Y muchas de esas excusas tenían tan poco sentido como la siguiente:

Existe una fábula árabe que cuenta la historia de un hombre que fue a casa de su vecino y le pidió prestada una cuerda. «No puedo prestársela, porque la estoy usando para atar un montón de arena», respondió su vecino.

—Pero —replicó el hombre—, no se puede atar un montón de arena con una cuerda.

A lo que su vecino respondió astutamente: "Oh, sí que puedes... De hecho, puedes hacer cualquier cosa con una cuerda cuando no quieras prestársela a tu vecino".

¡¡Excusas!! ¡¡Excusas, excusas!!

Y en estos tiempos, mucha gente tiene un sinfín de excusas para no estar en el reino de Dios.

Inventamos muchas excusas para no ir a la iglesia los domingos, donde el reino de Dios se manifiesta en esta tierra. Es a través de la iglesia, el cuerpo de Cristo, que el reino de Dios se establece. Porque Jesús dice: «Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estaré yo también».

En la tradición luterana, comenzamos cada culto con las palabras: «En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, Amén». Invocamos el nombre de Cristo para que esté presente entre nosotros.

Se invita a todos los miembros a estar presentes el domingo para formar parte del Reino de Dios. Pero, lamentablemente, a menudo encontramos excusas para no asistir.

Somos los invitados, y si no asistimos, el Reino de los Cielos será entregado a otro. Por lo tanto, les pedimos que vengan cada domingo como invitados del Rey, Dios mismo, para estar presentes en su reino.

Si analizamos detenidamente esta parábola, encontraremos una advertencia para los invitados: la necesidad de vestir de forma apropiada.

Todos están invitados, todos asisten, pero quienes se quedan son aquellos que creen que Jesús es el Cristo y el único camino de salvación. Necesitamos revestirnos de Él, así de simple.

Pero yo fui invitado, sí, muchos son invitados, pero todos debemos estar vestidos con la túnica de la justicia.

Amén